

Homilía de Natividad del
Señor

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”

Pautas para la homilía

Un niño nos ha nacido un hijo se nos ha dado

La Navidad es ante todo el nacimiento de un niño. Es la celebración de una nueva vida humana. Ciertamente es un Niño muy especial, es Dios hecho Niño. Pero en esta noche para llegar a Dios hemos de pasar por el Niño, por la condición humana que asumió, por su humano nacer en un ámbito tan sencillo, que en su sencillez pasa desapercibido en la tierra en la que nace: ha de ser proclamado por los ángeles. Los ángeles anuncian a los sencillos pastores el nacimiento de un “Salvador, del Mesías, del Señor”, pero en un contexto nada indicado para quien así era titulado. Todos esos títulos pertenecen a esa pobre criatura que nace entre pajas en un pesebre. Los ángeles proclaman la gloria de Dios, mientras que quizás los pastores deslumbrados y a la vez sorprendidos van a cerciorarse de lo anunciado. Serán los primeros que rindan tributo al Niño y los primeros predicadores de quién era ese Niño. Necesitaron la fe para ver en el Niño al Salvador, al Mesías al Señor. Creyeron y dieron gloria a Dios, como lo habían hecho los ángeles.

Nuestra acogida al Niño. La ternura.

Ese ámbito de lo sencillo es el ámbito también de la ternura. Ternura es lo que desprende siempre el Niño. La perciben María y José, la perciben los pastores, debemos percibirla nosotros. La ternura nos dignifica, es amar sin más, desde lo hondo del ser. En Navidad todos nos hacemos un poco niños, nuestros posos infantiles afloran a la superficie: somos capaces de jugar con los juguetes de los niños, de ver las películas que ellos ven, sentimos la necesidad del calor afectivo de otros/as. Nos volvemos tiernos. Ojalá sea así. La ternura no es un retroceso a épocas pasadas de la vida, supone aflorar lo mejor que hay en nosotros: cambiar nuestra mirada inquisitiva, sabidilla, censuradora, con flecos de superioridad, por la del amor, por la mirada de quien se ve uno más entre los otros, débiles como ellos, necesitado de calor afectivo y capaz de darlo. La ternura es fruto de la inteligencia que descubre nuestra verdad, y del amor en su estado más puro y más sencillo y... más generoso, el amor de quien, ante el cuidado o la caricia al niño, sólo espera de él su sonrisa.

La ternura es hacerse niño como lo entendía Jesús. De ellos es el reino de los cielos. Niño se hizo Dios para entrar en nuestro “reino”... para que fuera el de los cielos. Como niño hay que hacerse para entrar en el Reino de Jesús. A los niños Dios les ha revelado el misterio, no a los sabios y entendidos. También el misterio de la Navidad. Niños hemos de hacernos para entender y vivir y celebrar la Navidad. En nosotros ha de nacer el niño que somos.

Luz en la noche.

Misa en medio de la noche, como el anuncio a los pastores. La noche que puede aludir a momentos de oscuridad en nuestra vida, que quizás estos días se viven más profundamente; por el recuerdo de las ausencias de quienes en otras Nochebuenas estuvieron presentes; pero noche iluminada por la luz que viene del cielo y nos hace descubrir la gloria de Dios en un Niño recién nacido. Es la misa del triunfo de la esperanza, sobre la frustración, de la alegría sobre el dolor. Es la noche de Dios con nosotros.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)